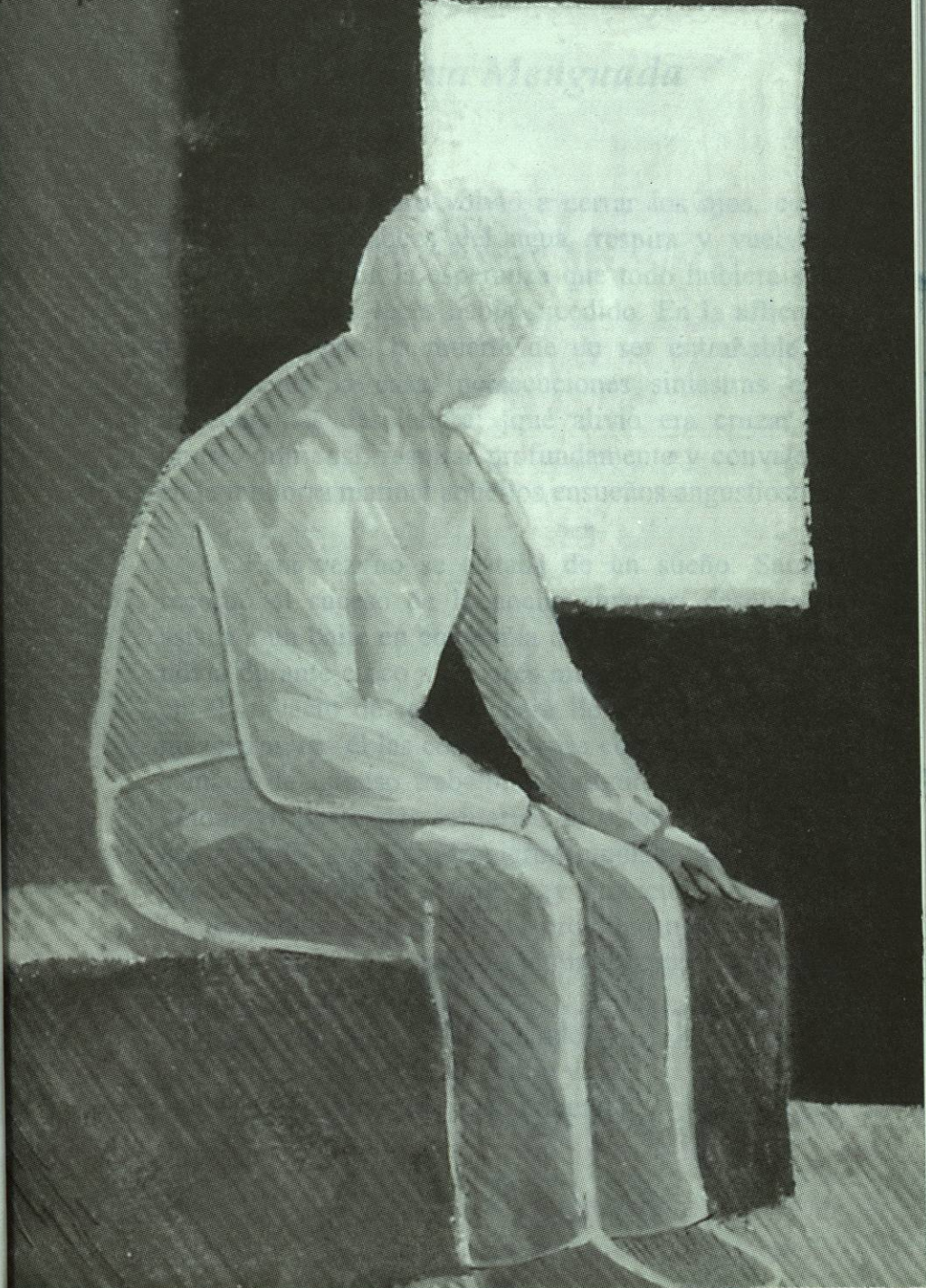






Baldoff.

Alguada



Carlos Omar Villares Moreno





## La Luna Menguada

Despertó, pero volvió a cerrar los ojos, como quien saca la cabeza del agua, respira y vuelve a sumergirse. Tenía la esperanza que todo hubiera sido un sueño. Otras veces había sucedido. En la aflicción más cruel como: la muerte de un ser entrañable, el incendio de la casa, persecuciones siniestras o la tragedia más desoladora; ¡qué alivio era cruzar los límites oníricos!, respirar profundamente y convalecer en la modorra matinal aquellos ensueños angustiosos.

Esta vez no se trataba de un sueño. Samuel recordó el suceso de la noche anterior: después de asistir a un baile en compañía de Laura, su sacrosanta novia durante cinco años, tres meses y diecisiete días, en el trayecto de regreso para llevarla a su casa, se mezclaron en él las copas de más con la fatiga de una semana de intenso trabajo, la intimidad del viaje en automóvil por calles solitarias, el calor de la noche y esa energía vital que despierta impulsos instintivos a veces irrefrenables cuando hay ambientes propicios. La despedida en el coche se prolongó más allá de lo habitual. Samuel cruzó los umbrales postergados por más de un lustro.

-Espera Sam, ¿qué estás haciendo?

-Déjame. Nomás tantito, tantito y ya.

-¡Ya! Me lastimas. Me está doliendo.



Con más nervios que placer, atragantaron besos, apresuraron caricias sudorosas y convirtieron las palabras en jadeos.

-Por suerte mi pantalón era negro, -pensó Samuel- dicen que las manchas de sangre no se quitan de la ropa. Quién sabe cómo le haría Laura, su vestido era de color perla. Yo le recomendé que lo desmanchara con leche y jugo de limón antes de lavarlo. Qué mala onda. Me comí el gansito. Tanto que me había esperado. Siempre me calmaba a tiempo. Ya nomás faltan dos meses para la boda.

Samuel no tenía intenciones apremiantes de abandonar la cama, era sábado. Se dedicó a repasar con detalle lo acontecido después de la apretujada entrega: los abrazos, las mutuas disculpas y las promesas y juramentos de reparación. Después esa sensación de culpabilidad que produce vacío y náuseas, como la aguda resaca que llega después de una parranda.

El desaliento de Samuel no obedecía a un remordimiento moral o una contricción de tipo religioso, a decir verdad ni siquiera sentía realmente vergüenza por lo que había pasado. Lo que más le dolió fue que por un momento de debilidad, desperdició estúpidamente en el auto lo que pudo tener un escenario más agradable. A pesar de considerarse como de ideas modernas, hubiera preferido la suntuosa

cama de un hotel de cinco estrellas en alguna playa, claro está que después de llevar a su pareja en brazos a través del umbral de la puerta. Esto, más que por seguir la tradición, por un gusto que consideraba merecido darse después de un noviazgo largo y casi casi recatado.

"Mira Samuel -recordó lo que le había dicho su hermano alguna vez -todas las mujeres tienen lo mismo, cuando escojas a la que quieras para esposa, fijate que te quiera bien, que te aguante y que sea tranquila para que puedas confiar en ella. Cuando quieras emociones fuertes, búscalas por ahí por fuera, pero en la casa vale más lo reposado y sereno para que dure".

Laura reunía las características que convencieron a Samuel para hacer planes matrimoniales. La relación marchaba bien y los años de noviazgo estable garantizaban un "futuro hogar feliz".

-Tan güey, me hubiera calmado, ya le rompí... el encanto al asunto. Siempre la había pasado bien, y con ella nunca llegaba más allá de lo debido, por lo menos con ella, era mi reserva especial. Se me fueron las cabras. Dicen que "quien la mete olvida lo que promete". Yo no. Yo voy a cumplir. Habrá boda, como está planeado, con flores en la iglesia, con arroz, brindis y... luna de miel.



Se incorporó de la cama dispuesto a continuar normalmente la marcha de la vida.

Quién va a saber, -se dijo mientras se miraba en el espejo del baño. -Yo lo sé y eso es lo malo. Bueno, ni modo. Ya qué. Ya qué chiste. Ya no va a ser igual. Es como ir a una sala de cine y en lugar de disfrutar de un estreno, te toca una película que ya viste. La película puede estar muuuy buena, puede gustarte mucho, es más, puede ser tu favorita; pero, ya no es lo mismo, no es la misma emoción de la primera vez. Ya sabes lo que va a pasar, ya sabes lo que sigue, aunque tenga escenas bonitas ya no son novedosas. Conoces los paisajes, los caminos que siguen, los personajes, y lo peor de todo es que ya sabes el final.

-Pero no le hace Samuelito, a lo mejor después te sale una oportunidad de aventarte un estreno de lujo, -se dijo mientras de reojo miraba su perfil en el espejo.

## Consejos Vacíos

to little star

-¡Hola, compadre! Pasa, acabo de llegar, por poco y no me encuentras. Se juntó el trabajo y no me vine hasta que lo saqué. Ahí está la hielera, pásame una... -¡salud!

Ni me digas nada. Aquí estás otra vez. Nunca entendiste, siempre tan obstinado, tan terco... a ver ¿qué ganas?... -¡nada! Lo único que consigues es estar ahí: ido del mundo, atribulado, capoteando depresiones, toreando desdichas como un espontáneo inconsciente y suicida, sin mayor defensa que la frágil trinchera de tus convicciones.

El torbellino de tu mundo interior, al que es muy difícil asomarse, está lleno de quimeras insólitas; de pasiones reprimidas a punto de fugarse; dudas dogmáticas y dogmas dudosos; de ansias sostenidas y crónicas; confusiones, miedos ancestrales y recientes, remordimientos, en fin: una extraña amalgama que finalmente viene a ser el motor de tu vida, ya calcinada por tus vehemencias.

Pero... yo no sé por qué te digo todo esto. ¡Es tan inútil! La experiencia me demuestra la distancia abismal que hay para tu enmienda. (Pásame otra, de una vez... ¡salud!).